

La herencia viva del laicado: una reflexión teológico - pastoral desde el Concilio Vaticano II

Mg. Wilson Beltrán

Centro de Evangelización Fuego Nuevo

Introducción

En todo tiempo, época y circunstancia la Iglesia ha tenido que afrontar realidades en la cuales ha sido testimonio de verdad y esperanza. El momento actual no escapa a esta misión de ser un faro en medio de un mundo globalizado, digitalizado y fragmentado. Este es el lugar teológico donde la Iglesia a través de la riqueza invaluable de su laicado que hace presencia en todos los ámbitos de la sociedad, ejerce su vocación bautismal de evocar el mandato del Señor Jesús: “Ustedes son la sal de la tierra... la luz del mundo” (Mt 5,13-14).

Por esta razón el concilio Vaticano II en la constitución *Lumen Gentium* destaca su triple función “Los laicos participan, a su modo, en la función sacerdotal, profética y real de Cristo y ejercen, por su parte, la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo”.

Paralelamente en la praxis pastoral no se ve reflejado este rol y se reduce a funciones secundarias o incluso a excluir de su papel activo en la vida eclesial. Los vestigios de una iglesia piramidal aún resuenan en algunos egos clericalistas que no permiten una Iglesia más participativa.

En algunos contextos los mismos laicos terminan siendo más radicales clericalistas. Sin embargo, después del Concilio Vaticano II y con el aporte de cada uno de los pontificados se ha venido tomando conciencia de su importancia y función en la vida de la Iglesia. Pero aún, hay un norte muy largo que recorrer.

El presente artículo se propone desarrollar tres ideas fundamentales. La primera es recuperar los fundamentos bíblicos, de la tradición y el magisterio del laicado. La segunda corresponde hacer una lectura de esta herencia a la luz de los desafíos actuales y por último proponer compromisos concretos de acción pastoral.

Desarrollo Temático

A continuación, se desarrollará la temática en cuatro núcleos, organizados en un itinerario teológico-pastoral que parte de los fundamentos bíblicos de la vocación laical, la cual hunde sus raíces en la revelación divina. Este recorrido continúa con la tradición de la Iglesia, expresada en los documentos del Concilio Vaticano II, que destacan una teología de la comunión, donde el laico es reconocido como sujeto activo de la misión eclesial en el mundo.

Posteriormente, se profundiza en el magisterio pontificio posconciliar, que actualiza progresivamente la teología del laicado mediante la integración de las nuevas realidades históricas y contemporáneas. De este modo, la herencia viva del laicado se hace actual cuando el creyente bautizado asume, desde su fe y su condición secular, una respuesta transformadora ante los grandes problemas que desfiguran el rostro de la humanidad en el siglo XXI.

El laicado en la Sagrada Escritura: Identidad bautismal y vocación al mundo

Cuando se habla del laico, con frecuencia se tiene la concepción de que su vocación corresponde a una realidad tardía en el desarrollo histórico de la Iglesia;

sin embargo, su vocación tiene su origen desde el fundamento bíblico. Esta vocación encuentra su corazón en el llamado que Dios hace a su pueblo, consagrado a Él y enviado para ser testigo de su obrar en la historia.

El Pueblo de Dios, como nación consagrada y portadora de la promesa, tiene la responsabilidad de ser testimonio en medio de las demás naciones: “Seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa. Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel” (Ex 19,6). En el Nuevo Testamento se reafirma esta vocación cuando se proclama: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pe 2,9).

Es importante destacar que el Jesús histórico asumió un rol en la sociedad judía que puede comprenderse como el del laico por excelencia, enviado al mundo para transformarlo desde dentro. Una imagen significativa que se encuentra en el Evangelio es la de la levadura: “El Reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la mezcló con tres medidas de harina, hasta que fermentó todo” (Mt 13,33). Bajo esta imagen, el Evangelio invita a una acción transformadora del creyente, que se traduce en una misión confiada por el mismo Jesús: “Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo” (Jn 17,18). Posteriormente, la comunidad cristiana interpreta este mandato del Señor y asume la misión encomendada, viviendo el sacerdocio real de los creyentes en la tarea de extender el Reino y servir en el mundo, dando cumplimiento al mandato evangélico de ser “sal de la tierra” y “luz del mundo” (Mt 5,13-14).

La tradición de la Iglesia y el Concilio Vaticano II: herencia viva del laicado

Se puede hablar de puntos de inflexión en la historia de la Iglesia que han determinado el rol y la función de los laicos. Durante los tres primeros siglos del cristianismo, se constata una comunidad de creyentes que vivía en situaciones de martirio, persecución y exilio. Esta realidad favoreció una comprensión de

la Iglesia como comunidad, en la que existían autoridades, pero cuya organización no estaba marcada por estructuras jerárquicas de tipo clericalista.

Posteriormente, con la oficialización del cristianismo como religión del Imperio se pasó progresivamente a una Iglesia de cristiandad que, por su propia estructura, necesitó una organización más jerárquica, llegando a configurarse de manera semejante a la organización política de la sociedad. Este tipo de organización condujo a un desplazamiento del papel del laico y de su participación activa, reduciéndose progresivamente a funciones más reservadas a clérigos, monjes y monjas. De este modo, el laico, durante muchos siglos, fue considerado principalmente como un actor pasivo dentro de la vida eclesial.

Esta forma de Iglesia jerárquica y piramidal predominó hasta tiempos relativamente recientes. El Concilio Vaticano II se convirtió en un nuevo punto de inflexión al retomar la categoría teológica de Pueblo de Dios y, con ella, la reflexión en torno al papel del laico, afirmando que “los laicos tienen como vocación propia buscar el Reino de Dios tratando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios” (Concilio Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 31, 1964).

Este largo proceso histórico ha traído consigo importantes desafíos, ya que no ha sido fácil concientizar tanto a clérigos como a consagrados y laicos sobre el paso de una Iglesia piramidal a una Iglesia de comunión, en la que el laico es reconocido como sujeto activo de la misión eclesial en el mundo. En este sentido, el Concilio promulgó también un decreto específico sobre el apostolado laical, en el cual se afirma que “el apostolado de los laicos, que surge de su misma vocación cristiana, nunca puede faltar en la Iglesia” (Concilio Vaticano II, *Apostolicam actuositatem*, n. 1, 1965).

Como fruto del Concilio Vaticano II se realizaron posteriormente las diferentes Conferencias Episcopales latinoamericanas, en las que, además de reconocer la realidad de injusticia social presente en el continente, se evidenció la necesidad y la urgencia de abrir mayores espacios para la participación activa de los laicos

en la vida y misión de la Iglesia. En muchos países de América Latina, esta participación llegó incluso al martirio como expresión de su compromiso bautismal. Casos como los de El Salvador, Guatemala y Nicaragua muestran cómo delegados de la Palabra y catequistas entregaron su vida por defender la fe en contextos hostiles.

Asimismo, en numerosas comunidades, especialmente en territorios de difícil acceso y con escasez de ministros ordenados, los laicos han asumido responsabilidades pastorales fundamentales, llevando la Palabra de Dios y sosteniendo la vida de fe de sus comunidades. Todo ello evidencia un creciente sentido de responsabilidad y conciencia del compromiso del laicado en diversas latitudes del mundo, aunque en ocasiones este servicio continúe siendo infravalorado por actitudes clericalistas.

Sin embargo, permanece la convicción profunda, expresada por el Concilio, de que la Iglesia está llamada a solidarizarse con la humanidad y sus desafíos históricos, pues “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son también los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los discípulos de Cristo” (Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, n. 1, 1965).

Como fruto del Concilio Vaticano II se realizaron posteriormente las diferentes Conferencias Episcopales latinoamericanas, en las que, además de reconocer la realidad de injusticia social presente en el continente, se evidenció la necesidad y la urgencia de abrir mayores espacios para la participación activa de los laicos en la vida y misión de la Iglesia. En muchos países de América Latina, esta participación llegó incluso al martirio como expresión de su compromiso bautismal. Casos como los de El Salvador, Guatemala y Nicaragua muestran cómo delegados de la Palabra y catequistas entregaron su vida por defender la fe en contextos hostiles.

Asimismo, en numerosas comunidades, especialmente en territorios de difícil acceso y con escasez de ministros ordenados, los laicos han asumido res-

ponsabilidades pastorales fundamentales, llevando la Palabra de Dios y sosteniendo la vida de fe de sus comunidades. Todo ello evidencia un creciente sentido de responsabilidad y conciencia del compromiso del laicado en diversas latitudes del mundo, aunque en ocasiones este servicio continúe siendo infravalorado por actitudes clericalistas.

Sin embargo, permanece la convicción profunda, expresada por el Concilio, de que la Iglesia está llamada a solidarizarse con la humanidad y sus desafíos históricos, pues “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son también los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias .

El magisterio pontificio posconciliar: de San Pablo VI a León XIV

El magisterio posconciliar ha profundizado y actualizado progresivamente la teología del laicado, integrando nuevas realidades históricas, desde la globalización y la crisis ecológica hasta la revolución digital en la misión evangelizadora. Como ya se describía anteriormente el Concilio Vaticano II se convirtió en un punto de inflexión en el que se recuperó la gran misión del laicado, a partir de la renovación eclesiológica surgió progresivamente la consciencia que la Iglesia debía anunciar el evangelio en contextos culturales, nuevos y cambiantes.

En el pontificado de San Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii Nuntianti* insistió que evangelizar constituye la identidad más importante de la Iglesia y por eso destaca el compromiso de los laicos cuando afirma que “cuya vocación específica los coloca en el corazón del mundo y a la guía de las más variadas tareas temporales, deben ejercer por lo mismo una forma singular de evangelización” (EN, n.70, 1975).

San Juan Pablo II desarrolló explícitamente el concepto de Nueva evangelización, respondiendo al llamado de evangelizar en todo momento y en todo lugar. Una de las expresiones más usadas en este concepto fue la expresión “nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión” (Juan Pablo II, 1983) y que estaba dirigida

especialmente para aquellos bautizados que se habían alejado del cristianismo e insistió la importancia del laicado en la misión de evangelizar en los diferentes contextos de la sociedad: familia, trabajo, cultura, medios de comunicación.

San Juan Pablo profundiza y enfatiza en la exhortación *Christifideles Laici* que el laico no es un agente periférico o simple espectador, sino que se constituye en un verdadero obrero de la viña del señor “Los fieles laicos... son llamados personalmente por el Señor, de quien reciben una misión en favor de la Iglesia y del mundo... Id también vosotros a mi viña”. (Juan Pablo II, n. 2, 1988). De esta manera el Pontificado de San Juan Pablo II da un paso importante en la consolidación del laico como discípulo misionero y prepara el posterior terreno para la reflexión de la sinodalidad en la que la participación activa de todos los bautizados se convierte en un principio constitutivo de la vida eclesial.

Durante el pontificado de Benedicto XVI se institucionalizó el concepto de nueva evangelización con la creación en 2010 del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización y la convocatoria en 2012 del Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Durante este pontificado se profundizó en la necesidad de que la transmisión de la fe no dependa únicamente de estructuras eclesiales, sino de comunidades vivas donde los laicos asumen corresponsablemente la misión evangelizadora, pues “la fe se transmite principalmente mediante el testimonio de una vida que vive el Evangelio” (Benedicto XVI, 2012).

En el pontificado reciente del Papa Francisco no se habló tanto de nueva evangelización, sino de una Iglesia en salida, que dio pie al desarrollo de la teología de la sinodalidad, entendido como el modo propio de ser y actuar de la Iglesia, pues “la Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, se involucran, acompañan, fructifican y festejan” (Francisco, 2013, n. 24). La sinodalidad implica caminar juntos pastores y laicos en escucha, discernimiento y participación en la misión, ya que “una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha” (Francis-

co, p. 3, 2015). En documentos como *Evangelii Gaudium* y en el proceso del Sínodo sobre la Sinodalidad (2021–2024), se ha insistido en que el laicado no es un grupo auxiliar, sino sujeto activo de la vida y la misión de la Iglesia, dado que “cada bautizado, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador” (Francisco, 2013, n. 120).

En continuidad con el proceso sinodal impulsado por sus predecesores, el pontificado del papa León XIV ha reafirmado la centralidad del laicado como sujeto activo de la misión evangelizadora en la Iglesia contemporánea. En sus catequesis sobre la vocación laical, ha insistido en que la presencia de los laicos en la sociedad constituye un signo visible de la encarnación del Evangelio en la historia, recordando que “la Iglesia está presente en todos los lugares donde sus hijos profesan y testimonian el Evangelio: en los ambientes de trabajo, en la sociedad civil y en todas las relaciones humanas” (León XIV, 2026). Esta perspectiva refuerza la comprensión de una Iglesia sinodal en la que los laicos no solo participan, sino que hacen posible, con su testimonio cotidiano, la presencia misionera de la comunidad cristiana en el mundo.

El laicado ante los desafíos del mundo contemporáneo

En el presente apartado se realizará una lectura teológica pastoral frente a los desafíos del mundo contemporáneo y cómo la herencia viva del laicado asume desde su condición secular un compromiso de fe y dar una respuesta a los grandes problemas que desfiguran el rostro humano en el siglo XXI. A continuación, algunos de esos problemas:

En primer lugar, la pobreza y la exclusión social siguen siendo una realidad que hiere la dignidad humana y desafía la conciencia cristiana en el mundo contemporáneo. Ante esta situación, el laicado está llamado a asumir la opción preferencial por los pobres como expresión concreta de su vocación bautismal, promoviendo la justicia, la solidaridad y la transformación de las realidades que generan desigualdad. Este desafío pastoral compromete al laico a ser signo de esperanza

y corresponsable en la construcción de una sociedad más fraterna, pues “cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres” (Francisco, 2013, n. 187).

En este contexto, el secularismo y la descristianización emergen como desafíos significativos en el mundo contemporáneo, al debilitar la referencia a Dios y relegar la fe al ámbito privado. Frente a esta realidad, el laicado está llamado a asumir la nueva evangelización desde una presencia transformadora en las estructuras sociales, culturales y profesionales, dando testimonio coherente del Evangelio en medio de la vida cotidiana. Este compromiso exige que el laico viva su vocación como misión en el mundo, pues “los fieles laicos están llamados por Dios para contribuir, desde dentro, a la santificación del mundo, a modo de fermento” (Juan Pablo II, 1988, n. 34).

Como consecuencia de estas fracturas sociales y culturales, las migraciones forzadas se han convertido en una realidad creciente que revela profundas desigualdades sociales, conflictos y crisis humanitarias que vulneran la dignidad de millones de personas. Ante este escenario, el laicado está llamado a vivir la acogida, la integración y la defensa de los derechos de los migrantes como una auténtica diaconía cristiana, promoviendo una cultura del encuentro y la fraternidad en los distintos espacios de la vida social. Este desafío interpela a los laicos a asumir un compromiso solidario y corresponsable, pues “cada país es también del extranjero, en cuanto los bienes de un territorio no deben negarse a quien los necesita” (Francisco, 2020, n. 124).

En medio de estas dinámicas de vulnerabilidad social, el narcotráfico se presenta como una realidad que fractura el tejido comunitario, genera violencia y debilita la esperanza de numerosas comunidades, especialmente entre los jóvenes y las familias más vulnerables. Frente a esta situación, el laicado está llamado a impulsar una pastoral de acompañamiento, prevención y rehabilitación que promueva la dignidad humana, la cultura del cuidado y la reconstrucción del tejido social. Este compromiso exige una

presencia activa y solidaria en los territorios afectados, reconociendo que “todo está conectado, y la degradación social y humana está íntimamente unida a la degradación ambiental” (Francisco, 2015, n. 48).

En este mismo horizonte de interdependencia, la crisis ecológica y el cambio climático se configuran como un desafío global que compromete el futuro de la humanidad y revela una ruptura en la relación entre el ser humano, la creación y Dios. Ante esta realidad, el laicado está llamado a asumir la ecología integral como expresión de su vocación bautismal, promoviendo el cuidado responsable de la “casa común” y estilos de vida sostenibles que encarnen el Evangelio en lo cotidiano. Este compromiso implica una conversión ecológica que integre fe y acción, reconociendo que “todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global” (Francisco, 2015, n. 240).

En el escenario internacional, los conflictos y las guerras continúan generando sufrimiento, desplazamiento y fracturas profundas en la convivencia humana, debilitando la esperanza de los pueblos y amenazando la fraternidad universal. Ante esta realidad, el laicado está llamado a asumir su vocación como constructor de paz mediante el diálogo, la reconciliación y la promoción de una cultura del encuentro en los distintos ámbitos de la vida social. Este desafío exige una presencia activa y comprometida en la construcción de relaciones fraternas y solidarias, reconociendo que “la paz real y duradera solo es posible desde una ética global de solidaridad y cooperación al servicio de un futuro común” (Francisco, 2020, n. 127).

Finalmente, en el horizonte de los nuevos desafíos de la humanidad, el avance acelerado de la inteligencia artificial (IA) plantea una realidad inédita al transformar la manera de pensar, trabajar y relacionarse, y al mismo tiempo suscitar interrogantes éticos sobre la dignidad humana y el sentido de la vida. Ante esta realidad, el laicado está llamado a ejercer un discernimiento ético responsable que integre la fe y la razón, actuando como puente entre el desarrollo tecnológico y los valores evangélicos en los distintos ámbitos profesionales y sociales. Este compromiso pastoral exi-

ge promover una cultura digital al servicio del bien común, reconociendo que “el desarrollo tecnológico debe estar orientado al respeto de la dignidad humana y al servicio de la persona en todas sus dimensiones” (Dicasterio para la Doctrina de la Fe, 2025, n. 12).

Conclusiones

Este artículo ha permitido afirmar que el laicado constituye una herencia viva de la Iglesia, no solo por su continuidad histórica, sino por su identidad teológica radicada en el bautismo, que lo configura permanentemente como sujeto eclesial enviado al mundo. Desde esta perspectiva, el laico no es un actor secundario ni un simple colaborador de la acción pastoral, sino un verdadero protagonista de la misión evangelizadora, llamado a hacer presente el Evangelio en las realidades temporales mediante su testimonio de vida, su compromiso social y su responsabilidad cristiana en la transformación de la sociedad.

Asimismo, se ha evidenciado que la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio convergen en reconocer la vocación del laico como mediación privilegiada a través de la cual la Iglesia ejerce su misión en el mundo. Esta articulación de las fuentes revela que la dimensión secular del laicado no es una limitación, sino una gracia y una responsabilidad que lo sitúa en el corazón de los procesos culturales, sociales y políticos, donde su presencia se convierte en signo de comunión, servicio y esperanza. De este modo, la herencia viva del laicado se manifiesta en su capacidad de encarnar la fe en la vida cotidiana y de anunciar el Evangelio desde dentro de las estructuras del mundo. En este contexto, los signos de los tiempos que caracterizan el siglo XXI como la pobreza y la exclusión social, las migraciones forzadas, la crisis ecológica, las violencias estructurales y el avance de la inteligencia artificial no deben interpretarse únicamente como amenazas o crisis, sino como llamadas providenciales que interpelan la conciencia cristiana y dinamizan la vocación bautismal del laicado.

Estos desafíos exigen una respuesta pastoral creativa y comprometida que promueva la dignidad humana, la fraternidad universal y el cuidado de la casa común,

reconociendo que la misión de la Iglesia se realiza en la historia concreta de la humanidad y en las realidades donde se juega el sentido de la vida y la esperanza de los pueblos.

Referencias bibliográficas.

Benedicto XVI. (2012, octubre 7). Homilía en la apertura del Sínodo de los Obispos sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana. Libreria Editrice Vaticana.

Dicasterio para la Doctrina de la Fe. (2025). *Antiqua et nova*: Nota sobre la relación entre inteligencia artificial y dignidad humana. Libreria Editrice Vaticana.

Francisco. (2013). *Evangelii gaudium*: Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual. Libreria Editrice Vaticana.

Francisco. (2015). *Laudato si'*: Carta encíclica sobre el cuidado de la casa común. Libreria Editrice Vaticana.

Francisco. (2015, octubre 17). Discurso con ocasión del 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos. Libreria Editrice Vaticana.

Francisco. (2020). *Fratelli tutti*: Carta encíclica sobre la fraternidad y la amistad social. Libreria Editrice Vaticana.

Juan Pablo II. (1983, marzo 9). Discurso a la XIX Asamblea del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM). Libreria Editrice Vaticana.

Juan Pablo II. (1988). *Christifideles laici*: Exhortación apostólica post-sinodal sobre la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. Libreria Editrice Vaticana.

León XIV. (2025). Mensaje para la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. Libreria Editrice Vaticana.

León XIV. (2026, abril 1). Catequesis sobre el papel de los laicos en la Iglesia. Libreria Editrice Vaticana.